

CAPITULO IV.

Historia del imperio de Oriente desde su fundacion hasta el advenimiento de Herachio (1).

(395-610.)

El imperio de Oriente parece destinado por la providencia á servir de barrera contra las invasiones de los pueblos bárbaros del Asia. En su origen se presenta con mas vigor que el imperio de Occidente, porque el cristianismo ha nacido en su suelo, y ha ejercido sobre él mayor influjo que sobre la antigua Roma. Habiendo permanecido esta tenazmente apegada á la supersticion idólatra, toda su vida moral se refugió despues de la division del imperio, hecha por Teodosio, al Oriente, en donde el pueblo y el Estado habian sido mas penetrados por las ideas regeneradoras de la fe cristiana. Sin embargo, á decir verdad, la historia de este pueblo aparece en perpetua decadencia. Las causas de esta decadencia son: 1º el vicio de la constitucion imperial, que sancionando el despotismo absoluto, encerraba el poder del príncipe en Constantinopla, y dejaba en la mayor independencia á los gobernadores de las provincias; y dejando de establecer el órden de sucesion al trono, abandonaba la dignidad imperial á los azares y los peligros de las intrigas cortesanas, ó al capricho del exercito. 2º La debilidad, la incapacidad de estos emperadores que subian al trono por un golpe de mano ó de fortuna, y su manía de mezclarse en las cosas religiosas, lo cual ocasionaba divisiones intestinas, separando su atencion de los verdaderos intereses del imperio. 3º La molicie del pueblo, enervado por el lujo asiático, su frivolidad que le hace correr en pos de bagatelas y de juegos, su inconstancia que lo arrastra á mudar á cada paso de emperador. En el primer periodo de esta decadencia, el punto culminante es el reinado de Justiniano, que glorifica por un momento la gloria del imperio por medio de sus trabajos legislativos y sus conquistas.

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Lebeau, *Histoire du Bas-Empire*, t. V et suiv.; le Nain de Tillemont, *Histoire des empereurs*; d'Herbelot, *Bibliothèque orientale*. Aunque en la *Historia de la decadencia y de la caida del imperio romano*, por Gibbon, hay preciosas noticias y datos interesantes, nosotros no lo indicamos, porque su espíritu de incredulidad ha falseado singularmente la parte religiosa. Ademas de estas obras, se pueden consultar con fruto la mayor parte de las obras generales indicadas en el capítulo anterior.

§ I. De los emperadores anteriores á Justiniano (395-527).

Arcadio (395-408). El sucesor del gran Teodosio, Arcadio, no reinó por si solo un instante. Esclavo primero del capricho de Rufino, á quien su padre habia elevado desde la infima clase del pueblo á la dignidad de prefecto, fue espectador inactivo de todas las exacciones y todas las injusticias de este cobarde eunuco. Aprovechándose de su buena fortuna, el ministro adulator habia concebido el proyecto de casar su hija con el emperador; pero otro eunuco, Eutropio, lo suplantó en el ánimo del príncipe, y comenzó á desgraciarlo haciendo abortar su proyecto. Estilicon, que dominaba á Honorio en el Occidente, acabó de perderlo. Los soldados de Gainas le dieron muerte por consejo suyo, y todo el pueblo insultó su cadáver, vengándose así de sus tiránicas concusiones (395).

Eutropio, que heredó su favor, imitó todos sus vicios, y llevó mas al extremo sus rapiñas y sus excesos. Habiéndose atrevido un dia á insultar á la emperatriz, á la orgullosa Eudoxia, se decretó su caida. San Juan Crisóstomo habia logrado que se conmutara en destierro la pena de muerte á que habia sido condenado; pero muy pronto se le hizo volver del lugar de su destierro para hacerlo morir (399). El resto del reinado de Arcadio es solo notable por las persecuciones que hizo sufrir á este santo varon, instigado pérfidamente por su esposa, que no podia soportar que la reprendieran sus vicios.

Teodosio II, Pulqueria y Marciano (408-457). El hijo de Arcadio, Teodosio II, tenia siete años cuando subió al trono. La regencia fue encomendada al prefecto del pretorio Antemio, que supo conservar la paz interior y proteger las fronteras del imperio contra las incursiones de los bárbaros. Poco despues pasó el poder de sus manos á las de Pulqueria, que administró por espacio de cuarenta años el imperio en nombre de Teodosio, su hermano, y de Marciano, su esposo (415). Esta princesa piadosa, superior á su siglo por su genio

y sus virtudes, se esforzó en formar el corazón y el alma de su hermano para que pudiera trabajar por la felicidad de sus pueblos. Hizolo un hombre de bien, pero no pudo hacerlo un emperador, porque la naturaleza no lo había dotado con una voluntad bastante firme ni un ánimo suficiente para dedicarse asiduamente á los negocios públicos. Todas las hazañas militares de su reinado se limitan á algunos ataques contra los Persas, seguidos de un tratado en que las dos naciones, después de haberse dividido la Armenia, se juraron la paz. El acto mas importante de su reinado es la publicación de su código, que contiene todas las leyes dadas por los emperadores que lo precedieron. Este trabajo introdujo la regularidad en los juicios y en los procedimientos.

Heregias de Nestorio y de Eutiques. Pero si el estado gozaba de reposo durante este tiempo, la Iglesia se vió extraordinariamente revuelta. Nestorio, patriarca de Constantinopla, osó enseñar públicamente que había en Jesucristo dos personas, una persona divina, y otra humana, y que por consiguiente Maria no era la madre de Dios. Este error perturbó á todo el Oriente y fue condenado en el concilio ecuménico de Efeso (431). Habiendo en seguida Eutiques proclamado que Cristo no tenía mas que una sola naturaleza, la naturaleza divina, esta nueva herejía produjo agitaciones no menos violentas que las anteriores. Teodosio, sobornado por el eunuco Crisafio, su favorito, tuvo la desgracia de sostenerla. Su protección animó á los sectarios, y cuando él llegó á morir, todo el Oriente estaba ardiendo (450). Pulqueria se apresuró á darle un sucesor en su esposo Marciano, que no era entonces mas que tribuno. De concierto con su esposa, el nuevo emperador restableció muy pronto la tranquilidad del imperio, é hizo proclamar solemnemente la verdadera doctrina en el concilio general de Calcedonia (451). Sosteniendo la dignidad del Imperio, aun frente á frente con los bárbaros, tuvo valor para responder á Atila que le pedía el tributo: *Yo tengo el oro para mis amigos, el hierro para mis enemigos.* Estas altivas palabras desconcertaron al rey de los Hunos, quien lo dejó ocuparse en paz de los intereses de sus súbditos. Marciano

murió á los siete años de reinado, siendo universalmente sentido (457). Pulqueria había muerto cuatro años antes.

Estado del Oriente desde Marciano hasta Justiniano (457-527). Todavía conservó Leon I durante todo su reinado el brillo y la fortuna del imperio. Como Marciano, desde tribuno había sido hecho emperador, y del mismo modo que su antecesor, se esforzó en mantener la paz interior y en reprimir todas las sediciones promovidas por los herejes. Intentó subyugar á los Vándalos que inquietaban el Occidente y asolaban el territorio de los Griegos. Pero la traición de su general Basilisco entregó su flota á los bárbaros (474). A contar desde este príncipe hasta Justiniano, en un intervalo de un medio siglo, solo se ven nombres tan oscuros como lo son los de Zenon, Anastasio I y Justino.

Zenon no se atrevió por de pronto á subir al trono; temía que su bárbarie y degradantes pasiones sublevaran al pueblo contra él. Hizo pues investir de la púrpura á Leon II, y reinó bajo su nombre. Pero habiendo muerto este niño en el mismo año, Zenon compró la corona prodigando el oro y los favores. Llegado al poder supremo, solo pensó en satisfacer todas sus groseras inclinaciones; sus hijos y sus favoritos siguieron su pernicioso ejemplo, y su casa fue una sentina de las mayores indecencias.

Del seno mismo de esta corrupción nació muy pronto contra el emperador el gérmen de rebelión que tuvo por autor á Verina, su suegra, y que llevó al trono á Basilisco (475). Este cobarde usurpador exageró aun los excesos de Zenon, persiguiendo á los católicos por adhesión á los errores de Eutiques, que profesaba, y mereció ser derribado al cabo de un año por el destronado Zenon (476).

De vuelta á Constantinopla, este emperador hizo concebir en los primeros momentos algunas esperanzas; pero muy pronto volvió á ostentar todos sus vicios. Desmembró el imperio cediendo la Italia á los Ostrogodos, y produjo un cisma en la Iglesia separando el Oriente del Occidente por el decreto conocido bajo el nombre de decreto *henótico*, que publicó con el objeto de reconciliar á los católicos y á los he-

rejes por medio de concesiones que comprometían la misma fe (494). Este cisma se prolongó durante todo el reinado de su sucesor Anastasio I.

Tampoco este príncipe señaló su reinado sino con excesos y calamidades. Los Hunos y los Búlgaros devastaron la Tracia y la Iliria, los Arabes desolaron la Mesopotamia, y los Persas saquearon la Siria. Envió contra estos últimos un ejército; pero después de tres años de reveses casi continuos, le fue preciso comprar la paz por 11,000 libras de oro. En Constantinopla hubo sediciones, temblores de tierra en todo el imperio, juntándose con estos azoles el terrible del hambre. Para remediar todos estos males, la intriga dió el cetro, después de la muerte de Anastasio, á un soldado ignorante y grosero, á Justino de Tracia.

Este nuevo emperador suavizó en verdad los males de la Iglesia, haciendo cesar el cisma y restituyéndole la paz perdida; pero no hizo nada en favor de la dignidad imperial vilipendiada: sus vicios y su barbarie no se lo permitían. Sin embargo, su espada hizo respetar sus fronteras á los Hunos y á los Búlgaros, teniendo la generosidad de tomar bajo su protección á los Lazi, pueblos de la Cólchida y de la Iberia, que habían pertenecido á los Persas, y que después de haber abrazado el cristianismo, se habían rebelado contra ellos para libertarse de sus persecuciones, lo cual era romper abiertamente con la Persia. Justino murió antes de ver las consecuencias de este rompimiento, dejando el imperio á su sobrino Justiniano, á quien se había visto obligado á tomar por colega suyo cuatro años antes.

§ II. Reinado de Justiniano (527-565).

Conquista de Justiniano. Justiniano no era guerrero. Cuando se le hablaba de una invasión de los bárbaros, temblaba si no tenía á su lado alguno que lo defendiera. Pero tenía á sus órdenes hombres de talento que ilustraron su reinado. Ya hemos visto como Belisario y Narses extendie-

ron su imperio conquistando el Africa, la Italia y todas las islas. Para completar la enumeracion de las guerras que se hicieron bajo su reinado, nos queda que hablar de sus expediciones contra los Persas.

Contra ellos envió sus primeros ejércitos, y en esta expedicion ganó Belisario sus primeros laureles. El rey de Persia, Cabades, irritado por la protección que Justino dispensaba á los Lazi, tomó la iniciativa en esta guerra. Belisario, prefecto entonces del Oriente, acudió con la rapidez del relámpago y lo derrotó completamente. Pero acrecentadas las fuerzas del vencido, el general romano lo fue en la segunda batalla; pero esto no le impidió que salvara la Siria y su capital. Quitósele el mando después de este ligero revés, y Sitas, que lo reemplazó, obtuvo la paz del rey de Persia, no tanto por causa de su valor, como por circunstancias felices que sobrevinieron (528-532).

Ocho años después se rompieron de nuevo las hostilidades entre las dos naciones. Constantinopla se había engrandecido durante este intervalo, conquistando el Africa y la Italia. También la Persia había aumentado sus fuerzas y su gloria. Esta tenía por rey al ilustre Cosroes, que extendió su dominacion por la India y la Arabia. Todos los historiadores del Oriente elogian pomposamente su reinado. Los bárbaros talaron al principio la Siria, y destruyeron la ciudad de Antioquia. Belisario penetró entonces en el interior de su país, y los obligó á abandonar las tierras que habían invadido para acudir á defender á Etesifon, su capital. La destitucion que hirió á Belisario les permitió reponerse (542).

En este tiempo los Lazi abandonaron el partido de los Romanos á causa de los sufrimientos que les infligian sus gobernadores concusionarios; pero habiendo comenzado otra vez los adoradores del fuego á perseguirlos para hacerles renegar de su verdadera fe, se echaron á los piés de Justiniano, pidiéndole perdon de su infidelidad. El emperador los recibió como aliados, y ellos contribuyeron á las nuevas victorias de los Romanos contra los Persas (555). La guerra se mitigó aun durante algunos años; por último se celebró un tratado que

conservaba á los dos imperios sus antiguos límites, pero obligando á los Griegos á pagar un tributo de 150,000 monedas de oro (562). Habiendo pasado los Búlgaros el Danubio, y devastado toda la Tracia tres años antes, Belisario fue en su busca, y los derrotó completamente. Esta fue la última de sus victorias. Dos años despues vivia desgraciado y solitario. Su inocencia fue despues reconocida, y su honor rehabilitado; pero solo conservó por ocho meses la vida que habia consumido el resentimiento y el dolor. Justiniano murió tambien ocho meses despues que este héroe (565).

Trabajos legislativos de Justiniano. Justiniano se habia servido de Belisario para ganar batallas; del mismo modo se sirvió de Triboniano para dotar al imperio con una legislacion fuerte y duradera. Este hombre extraordinario abrazaba en el círculo inmenso de sus conocimientos toda la ciencia de su siglo. Su memoria poseia todas las leyes imperiales y todas las decisiones de los antiguos juriscultores. Como reinaba un gran desórden en las leyes romanas, Justiniano le encargó que escogiera lo que juzgara mas perfecto y mas justo de todas las leyes imperiales para formar con ellas un solo libro. Este trabajo, llevado á cabo en catorce meses, recibió la sancion del emperador en 529, y fue llamado el *código* de Justiniano. Pero quedaba por hacer la interpretacion de estas leyes. Triboniano, secundado por cuatro profesores y once abogados, debió escoger en todos los libros de jurisprudencia que formaban autoridad lo que juzgó mejor, y compuso una nueva obra. La recopilacion de todas estas decisiones, concluida en tres años, y sancionada por Justiniano en 533, recibió el nombre de *Pandectas* ó *Digesto*. En fin, al paso que se trabajaba en el *Digesto*, el emperador mandó al mismo Triboniano que recogiera los elementos de jurisprudencia para que sirvieran de introduccion á este estudio. Este es lo que fue llamado las *Instituciones*. Despues de la publicacion de estos grandes monumentos legislativos, el emperador promulgó muchas leyes civiles y religiosas, que fueron reunidas bajo el nombre de *Novelas*, y entraron á formar parte de la jurisprudencia romana. En verdad todos estos trabajos fueron

muy saludables para el imperio, puesto que dieron cuerpo á la jurisprudencia y las leyes; ellos contenian preciosas materias, que sirven aun y penetran en los códigos modernos; pero las costumbres estaban muy lejos de corresponder á los principios, y esta sábia legislacion, en el corazon de un imperio decrepito, no era apenas mas que una vana teoria, una especulacion elevada, casi agena á la práctica.

De las relaciones de Justiniano con la Iglesia. El principio del reinado de Justiniano fue feliz para la Iglesia. Protegió abiertamente á los católicos, hizo construir gran número de iglesias, la mas notable de ellas Santa Sofia, é hizo cuanto pudo por la propagacion de la verdad. Pero con el pretexto de atraer á la unidad á los sectarios de Eutiques, dió decisiones acerca del dogma, celebró él mismo un concilio en Constantinopla, y persiguió al papa Vigilio, que se negaba á aprobar su conducta.

Los sectarios de Eutiques habian llegado á hacerle creer que lo que les impedia admitir el concilio de Calcedonia, donde su error fue condenado, era que aquel concilio habia elogiado tres obras nestorianas, los escritos de Teodoro de Mopsuesto, la carta de Ibas y el libro de Teodoro contra los anatemas de san Cirilo. Justiniano trastornó el imperio por conseguir la condenacion de estos tres escritos. En fin, como estas obras eran realmente heréticas, y como por otra parte el concilio de Calcedonia no habia recibido en su comunion á los autores de estos libros sino despues de haber obtenido su retractacion, un nuevo concilio ecuménico, celebrado en Constantinopla, pronunció el anatema que Justiniano deseaba, y el papa Vigilio confirmó esta sentencia. Esto es lo que se llamó el asunto de *los tres capitulos* (346-553). Las sutilezas de Justiniano lo arrastraron mas tarde á la secta de los *in-corrupibles*, que pretendian que el cuerpo de Jesucristo habia sido impasible. Ya habia perseguido al patriarca de Constantinopla, san Eutiquio, ya se preparaba á extender su persecucion á todos los católicos respecto de este error, cuando lo sorprendió la muerte (565).

§ III. De los emperadores que han reinado desde Justiniano hasta Heraclio (565-610).

Justino II (565-578). Este príncipe inauguró su reinado con actos de generosidad y de clemencia. Dió libertad á los criminales que gemían en las cárceles, y restituyó la tranquilidad á la Iglesia. Pero entregado á la mas desenfrenada licencia, avaro hasta el punto de hacer un comercio sacrilego con las dignidades eclesiásticas, llegó á ser muy pronto objeto de menosprecio á los ojos de todo el mundo. Su indolencia dejó invadir la Italia por los Lombardos, y sus exacciones lo hicieron odioso al pueblo. Su mejor accion fue hacer asociar al imperio á un piadoso y valiente oficial, el Tracio Tiberio. Despues de esto pudo pasar los cuatro años de su vida en una apacible oscuridad.

Tiberio. Mauricio (578-602). Tiberio contrasta singularmente con esta série de viles emperadores que se sentaron en el trono de Oriente. Humanidad, templanza, ánimo esforzado, en una palabra, todas las cualidades que constituyen los buenos príncipes, se reunieron en su persona. Tuvo que sostener una guerra contra los Persas. Habiéndose aliado Justino con los Tureos para combatirlos, Cosroes habia invadido las provincias romanas: Tiberio lo venció en Mitilene, y sus generales Justiniano y Mauricio en Constantina. En recompensa de sus servicios, dió á este último la mano de su hija, y lo designó para sucederle (382).

La gloria de Mauricio consiste en haber reproducido en su conducta la alta sabiduría y la imparcial justicia que honraban al padre de su esposa. Esto lo probó aun respecto de sus enemigos restableciendo en el trono al rey de Persia Cosroes II. Habiendo sido arrojado de sus Estados este desgraciado príncipe por Bahran, uno de sus sátrapas, Mauricio tomó á su cargo su defensa, batió dos veces á los rebeldes, y recobró y restituyó la corona y el cetro al príncipe desterrado (593). En tanto que ejecutaba esta generosa accion, los Avaros y los Eslavos penetraron en la Tracia, la Macedonia

y la Grecia. Prisco fue encargado de ir con un ejército á poner coto y fin á sus depredaciones. El Romano alcanzó cinco victorias contra los bárbaros, y acampó á las orillas del Danubio y del Teis. Pero habiendo sabido el ejército victorioso que el emperador disminuiría su sueldo, y que invernaría en el país de los Avaros, se rebeló contra Prisco, y nombró emperador á un oficial intrigante llamado Focas (602).

Focas (602-610). Este jefe de rebeldes se puso inmediatamente en marcha contra Constantinopla. Una de las facciones del circo, la faccion *verde*, se puso de su parte y le abrió las puertas de la ciudad. Focas hizo asesinar á Mauricio y á toda su familia, y derramó la sangre á torrentes para asentar su dominacion. Bebedor hasta la embriaguez, y disipado, no conociendo ni las leyes ni las letras, compró indignamente la paz á los Avaros, para poder entregarse mas desenfrenadamente á todos sus vicios. Sus indecencias cansaron por fin á todo el mundo. Heraclio, exárca de Africa, lo destronó, y murió de la muerte que habia infligido al emperador Mauricio (610) (1).

(1) SUCESION IMPERIAL: Arcadio (393-408), Teodosio II (408-450), Marciano (450-457), Leon I (457-474), Leon II (474), Zenon I (474-491), Basilisco (475-477), Anastasio I (491-518), Justino I (518-527), Justiniano (527-565), Justino II (565-578), Tiberio I (578-580), Mauricio (580-602), Focas (602-610).